



LUGAR, TRABAJO Y BIENESTAR: LA ORGANIZACIÓN BARRIAL TUPAC AMARU EN CLAVE DE POLÍTICA RELACIONAL

Dra. Virginia Manzano
CONICET-ICA, FFyL, UBA
virginiamanzan@gmail.com¹

RESUMEN

Este artículo analiza las interconexiones entre espacio y poder para dar cuenta de sus implicancias en el entendimiento relacional de la política. Parte de los resultados de trabajo de campo con integrantes de la Organización Barrial Tupac Amaru en la provincia de Jujuy. Al respecto, defino a la Tupac Amaru como lugar, como punto y momento de articulación de una colección de trayectorias, y como foco para la producción de nuevos espacios y vinculaciones sociales. Las personas que conocí durante mi trabajo de campo se referían a los vínculos con la Tupac Amaru como momentos de entrada y salida, sugiriendo un proceso continuo de anudamiento y des-anudamiento de trayectorias que indica el carácter inacabado de los lugares y su inserción en geometrías de poder. La entrada y salida expresaba un modo de trabajo colectivo para la producción de lo común así como negociaciones entre multiplicidad de movimientos. Así, la política aparecía en toda su implicancia relacional, rebasando esquemas de razonamiento que suelen asociar la relacionalidad a vínculos entre entidades pre-constituidas, referenciadas en lo estatal y ordenadas en sistemas/campos, o a relaciones entre un interior/ exterior, bajo el supuesto de organizaciones plenamente constituidas y regidas por lógicas propias, de jerarquía u horizontalidad.

¹ Fecha de realización del artículo: noviembre 2015. Fecha de aprobación, diciembre 2015.

Palabras clave: política, espacio, trabajo, Organización Barrial Tupac Amaru.

ABSTRACT

This article analyzes the interconnections between space and power for disentangling its effects on a relational understanding of politics. It is based on the results of ethnographic work with the members of the Organización Barrial Tupac Amaru in Jujuy province. In this respect, I define the Tupac Amaru as space, that is, as point and moment of articulation of a collection of trajectories; and as a focus for the production of new spaces and social links. The people I met over my ethnographic work used to refer to their linkages to the Tupac Amaru as moments of arrival and departure, thus suggesting a continuous process of knotting and un-knotting trajectories that is indicative of the unfinished character of spaces and their insertion into the geometries of power. Arrival and departure express a way of collective work towards the production of what something “common” as well as negotiations among the multiple movements. Thus, politics appears in all its relational potential, surpassing schemas of understanding that use to associate “relationality” to links among pre-constituted entities, referenced in the State and organized in systems/fields or rather to relationships between inside and outside—all this, under the assumption that these organizations are fully constituted and ruled by their own logics of hierarchy or horizontality.

Key words: politics, space, work, Organización Barrial Tupac Amaru.

INTRODUCCIÓN

En la provincia de Jujuy, norte de Argentina, las personas eran alcanzadas, en distinta medida, por la influencia social que ejercía la Organización Barrial Tupac Amaru. Un hotel se publicitaba ante potenciales turistas del siguiente modo:

El Hotel Munay de San Salvador de Jujuy se encuentra estratégicamente ubicado sobre la calle Alvear, siendo ésta una de las vías comerciales más importantes de la ciudad en donde podemos apreciar: la sede de la Organización Barrial ‘Tupac Amaru’, en donde se exhiben la forma de vida de los aborígenes de nuestra provincia en pequeñas maquetas.²

² <http://www.munayhotel.com.ar/elhotel.php?sHotelId=J>. Consultado el 6 de diciembre de 2015.

Otras referencias eran más contenciosas y proyectaban una serie de visiones que asociaban a los miembros de la Tupac Amaru con supuestos males sociales como la vagancia, la ignorancia, la prepotencia y la corrupción. Para otros, la Tupac Amaru despertaba curiosidad, como sucedía con una mujer que conocí en el Departamento Libertador General San Martín, quien intrigada sospechaba que había gente de Buenos Aires detrás de la Tupac o, de lo contrario, debería admitir que Milagro Sala –nombre de quién lidera esa organización– sería muy inteligente para hacer todo lo que hizo: “Si vos vieras el papel de los volantes, para mí no se hacen acá”. Las visiones eran relativas al lugar que las personas ocupaban en el entramado social jujeño pero solían compartir un sentido de reconocimiento y, a la vez, de impugnación hacía la Tupac Amaru.

La Organización Barrial Tupac Amaru se conformó en el año 1999, como parte de la Asociación de Trabajadores del Estado, con el objetivo de agrupar a personas desocupadas en un contexto de elevados índices de desempleo en toda la Argentina. Sin embargo, fue recién en el año 2004 cuando comenzó a tornarse prominente en el escenario provincial y ello sucedió en estrecha conexión con la implementación del Programa Federal de Emergencia Habitacional dependiente del Ministerio de Planificación Federal, Inversión Pública y Servicios, bajo la presidencia de Néstor Kirchner. Ese programa apuntaba a solucionar la emergencia habitacional y laboral, organizando a los beneficiarios de planes Jefes y Jefas de Hogar Desocupados en cooperativas de trabajo para la construcción de viviendas. A lo largo de diez años, la Tupac Amaru construyó 8000 viviendas, equipamiento comunitario y una red de servicios sociales, educativos y sanitarios, creando y regulando un número estimado en 5000 puestos laborales en la provincia. Además, se implantó, desde la capital jujeña, en otras localidades, como La Quiaca, Humahuaca, Tilcara-Maimará, Volcán, Calilegua, Libertador General San Martín, Chalicán, Lote Parapetí, San Pedro, Perico, El Carmen, Monterrico y Palpalá.

La presentación pública que hacía de sí misma la Tupac Amaru expresaba que la lucha por trabajo habilitaba la conquista de otro tipo de derechos sociales. Una de sus consignas más populares afirmaba: “¿Quiénes somos?: Tupac Amaru. ¿Qué queremos?: Trabajo, educación y salud. Vamos por más!”. En ese marco, la movilización cotidiana de trabajo colectivo en conexión con políticas estatales se materializó, espacialmente, en la construcción de una serie de bienes comunes, entre los cuales sobresalían: la sede central, donde funcionaba un museo de maquetas, oficinas, consultorios médicos, un estudio de radio, natatorios climatizados y gimnasios; el edificio, que albergaba el bachillerato de nivel medio Olga Aredez, la escuela de jóvenes y adultos Germán Abdala, y el Instituto Terciario, y, más destacado aún, el barrio construido en la zona de Alto Comedero que simbolizaba la lucha, el esfuerzo y el sacrificio colectivo. El mismo contenía 3000 viviendas; fábricas metalúrgicas, textiles, de bloques, adoquines y caños; un puesto de salud y el Centro Modelo Integral de Rehabilitación (CEMIR); canchas de rugby, fútbol y básquet; la escuela primaria Bartolina Sisa y un moderno centro cultural con salas de teatro y cine. En tanto, el símil del Templo de Kalasasaya representaba el centro político y ceremonial, a cuyos pies funcionaba un parque acuático y otro con réplicas de animales prehistóricos.

El lugar que progresivamente comenzó a ocupar la Organización Barrial Tupac Amaru en el escenario jujeño concitó la atención de las ciencias sociales. Por un lado, investigadores radicados en Jujuy acentuaron aspectos semióticos, de construcción de hegemonía cultural y de memoria histórica para dar cuenta del impacto de la emergencia de la Tupac Amaru en el entramado social jujeño y en el sistema de jerarquías sociales y étnicas (Gaona y FicoSeco 2012; Ríos 2013). Por otro, los científicos sociales provenientes de Buenos Aires, en su mayoría científicos políticos, se orientaron a reconstruir los vínculos de la Organización Barrial Tupac Amaru con el Estado nacional y las consecuencias de esa relación en el sistema provincial y local de gobierno, asimismo, ponderaron la distribución de recursos en la formación de mecanismos de representación política de sectores definidos como empobrecidos o informales (Moscovich 2009, Rodríguez Blanco 2011, Battezzati 2012, Tabbush y Caminotti 2015).

En este artículo propongo explicar la formación de la Tupac Amaru como lugar, prestando especial atención a las interconexiones entre espacio/poder y sus implicancias para un entendimiento relacional de la política. En algún sentido, retomo mi propia trayectoria de investigación con el movimiento de desocupados de La Matanza –Gran Buenos Aires–, en la cual reformulé conceptualizaciones centradas en las categorías teóricas de acción colectiva y actor colectivo para explicar por qué las organizaciones de desocupados se habían convertido en sitios donde se procesaban tradiciones políticas e ideológicas, alianzas políticas y sindicales, experiencias de vida cotidiana y modos estatales de gestión de la población en contextos de transformación social de orientación neoliberal (Manzano 2013). En conjunto con otros investigadores, propuse suspender la definición per se de aquello que tendemos a categorizar como entidades totalizantes, abstractas y reificadas, tales como organización social, Estado o movimientos sociales, para dar cuenta de la manera en que esas formas son construidas y de-construidas en la fluidez de relaciones sociales, situaciones y procesos (Grimberg, Hernandez Macedo y Manzano 2011, Manzano 2011 y 2013).

Es así que en este trabajo retomo parte de esas elaboraciones pero intento profundizar la descripción relacional, considerando la espacialidad de los procesos sociales. Para ello, recupero el sentido de lugar propuesto por la geógrafa inglesa Doreen Massey (2012b):

(...) Lo que confiere a un lugar su especificidad no es ninguna larga historia internalizada sino el hecho que se ha construido a partir de una constelación determinada de relaciones sociales, encontrándose y entretejiéndose en un sitio particular. (...) Es, verdaderamente, un punto de encuentro. Entonces, en vez de pensar los lugares como áreas contenidas dentro de unos límites, podemos imaginarlos como momentos articulados en redes de relaciones e interpretaciones sociales en los que una gran proporción de estas relaciones, experiencias e interpretaciones están construidas a una escala mucho mayor que la que define en aquel momento el sitio mismo (...). Y a su vez esto permite un sentido de lugar extrovertido,

que incluye una conciencia de sus vínculos con todo el mundo y que integra de una manera positiva lo global y lo local (126).

El sentido de lugar, bajo esta concepción analítica, antes que una localización con coherencia propia, es un punto de encuentro de trayectorias; un foco para la relación de lo no relacionado; un momento de articulación de relaciones sociales (Massey 2012 a, b y c). Esta noción se inscribe en teorizaciones más amplias que desarmen representaciones dominantes del espacio como plano neutro, dividido, quebrado y ocupado por entidades discretas –cultura, nación, Estado–, homogéneas y coherentes (Gupta y Ferguson 2008; Massey 2012 c y d). El espacio como punto de encuentro y momento de articulación requiere atender a las interconexiones jerárquicas, a los modos de desigualdad que condicionan los movimientos, en definitiva, a las topografías del poder o las geometrías del poder configuradas por la variabilidad que asume el modo de producción capitalista (Gupta y Ferguson 2008, Massey 2012 b y c). Para Massey (2012c), el espacio es producto de interrelaciones que van desde lo global hasta lo íntimo; es posibilidad de coexistencia de la multiplicidad y la diferencia; y, en tanto construido por relaciones sociales, es proceso en devenir, nunca acabado, ni cerrado. En este sentido, la política relacional no refiere a relaciones entre entidades pre-constituidas sino que es justamente el trabajo de articulación, de negociación, de conexión y desconexión, atravesado por mecanismos de poder, lo que define a la política (Massey 2012c y d).

Inspirada en estas consideraciones acerca del sentido de lugar y el espacio, reconstruiré el entrelazamiento de relaciones sociales que constituyen a la Tupac Amaru como lugar, como punto y momento de articulación de una colección de trayectorias y como foco para la producción de nuevos espacios y vinculaciones sociales. Las personas que conocí durante mi trabajo de campo se referían a los vínculos con la Tupac Amaru como momentos de entrada y salida, sugiriendo un proceso continuo de anudamiento y des-anudamiento de trayectorias que indica el carácter inacabado de los lugares, su apertura a nuevas conexiones, y su inserción en geometrías de poder (Manzano y Ramos 2015). La entrada y salida expresaba un modo de trabajo colectivo para la producción de lo común, en sentido de Harvey (2014), así como negociaciones entre multiplicidad de movimientos. De esta manera, la política aparecía en toda su implicancia relacional, rebasando esquemas de razonamiento que suelen asociar la relacionalidad a vínculos entre entidades pre-constituidas, referenciadas en lo estatal y ordenadas en sistemas/campos o a relaciones entre un interior/exterior, bajo el supuesto de organizaciones plenamente constituidas y regidas por lógicas propias, de jerarquía u horizontalidad.

El espacio, entendido como corte de una simultaneidad de historias no acabadas (Massey 2012d), sugiere viajes a través de una multitud de trayectorias. Mi trabajo de campo, entonces, puede entenderse en clave de ese viaje que revela el carácter incompleto de mi propia trayectoria de conexiones y desconexiones. En febrero de 2007, defendí mi tesis de doctorado, luego de ello comencé a estudiar temas asociados al problema habitacional en la Ciudad de Buenos Aires, suponiendo que, en la búsqueda de un lugar para vivir, los

sectores populares necesariamente se relacionaban con la política. Fue así que, en el año 2010, visité Expo Vivienda Social en la Ciudad de Buenos Aires, un evento organizado por distintas áreas ministeriales nacionales y provinciales de gobierno. Allí, dos integrantes de la Tupac Amaru proyectaron un documental y presentaron los principales trazos de la historia y las metas de la organización. Escuchando sus relatos y observando las imágenes volví a sentirme afectada como lo había estado tiempo antes con el movimiento de desocupados de La Matanza. Desbordé corporalmente de entusiasmo, me asaltó la curiosidad y el deseo de conocer detalles de esa experiencia, de estar allí, en San Salvador de Jujuy.

Pero la conexión tuvo que esperar varios años más por razones que serían difíciles de reconstruir aquí. En el año 2014, me dispuse a iniciar sistemáticamente trabajo de campo en Jujuy. Para ello establecí nuevas conexiones, especialmente con Roxana³, una colega oriunda de Buenos Aires, quien en virtud de su militancia en el campo de Derechos Humanos se había incorporado orgánica, emotiva y afectivamente al área de educación de la Tupac Amaru. Ella me habilitó la entrada al movimiento, por eso mismo uno de los vínculos más importantes se generó en comensalidad con Mirtha, Conce, Silvia y Pillu, mujeres que trabajaban como auxiliares de limpieza en las escuelas de la Tupac y con quienes cada tarde compartí una merienda en su tiempo de descanso. Ellas decían ser de las primeras en el movimiento, rememorando historias de lucha callejera y sacrificio para la construcción de viviendas. Mirtha fue mi compañera más próxima, como ella vivía en el barrio de la Tupac Amaru en Alto Comedero, me guió y presentó a sus parientes y vecinos, y también estuvo conmigo en la única manifestación que presencié durante mi estadía, como fue el cierre de campaña del voto boliviano en el exterior para la reelección del presidente Evo Morales. A la par, conocí a Daniela y Kari, egresadas de la carrera de técnico agente sanitario del Instituto Terciario, y quienes tenían a su cargo el área de atención primaria de salud en el barrio de Alto Comedero. Ellas estaban embarcadas en la disputa por el reconocimiento de su labor, en ese escenario me recibieron con entusiasmo para mostrarme el detalle de su tarea cotidiana. Gran parte de mis días estuvieron dedicados a acompañarlas en campañas sanitarias y, junto a Kari, participé activamente de la visita domiciliaria a familias del barrio.

Si Roxana, Mirtha, Conce, Silvia, la Pillu, Daniela y Kari fueron las protagonistas centrales de mi trabajo de campo en el mes de octubre de 2014, a través de ellas establecí también innumerables contactos y conversaciones informales con otras personas, ya sea quienes estaban vinculados con la Tupac Amaru u otros, como abogados, profesores y especialmente gremialistas de la Asociación de Trabajadores del Estado. Además, establecí otras relaciones en virtud de mis propios recorridos en San Salvador de Jujuy, con transeúntes, personal del hotel donde me alojaba y, fundamentalmente, con funcionarios del Instituto de Vivienda y Urbanismo de Jujuy (IVUJ). También dialogué con

³ Los nombres de las personas que aparecerán a lo largo del trabajo se encuentran modificados para preservar su identidad, excepto el de Milagro Sala, debido a su asociación pública con la Organización Tupac Amaru.

personas relacionadas con el mundo cultural, como dueños y empleados de librerías o encargados de archivos hemerográficos en bibliotecas populares. Con estos últimos pasé un tiempo considerable porque, apenas llegué a Jujuy, advertí la centralidad que había tenido en el año 2011 el proceso generalizado de ocupaciones de tierras y viviendas, iniciado con la toma de lotes del ingenio Ledesma en Libertador General San Martín. Esto me obligó a un trabajo de archivo y también me impulsó a viajar hacia Libertador General San Martín. El último día de mi trabajo de campo, en una charla organizada por la Mesa contra la Violencia Institucional, tuve la oportunidad de conocer a los familiares de uno de los jóvenes asesinados durante esas ocupaciones con quienes quedé comprometida en la reconstrucción pormenorizada de esos sucesos.

Mónica, una empleada de limpieza del hotel donde me alojé durante algunos días, no entendía del todo qué estaba haciendo y por qué permanecía tanto tiempo en San Salvador de Jujuy porque, a su entender, “van todos para el norte”. Según su mirada, y la de muchos otros que conocí, iban para el norte los turistas, los antropólogos, los enviados de ministerios nacionales, y los capitales para invertir en tierra y hoteles. De este modo, espero con este artículo comenzar a despuntar esa curiosidad de Mónica y aproximarme a una comprensión de la Tupac Amaru en clave de política relacional.

LA FORMACIÓN DE LA TUPAC AMARU: ACERCA DEL SENTIDO DE LUGAR

La Organización Barrial Tupac Amaru se formó el año 1999 como parte de una estrategia gremial de la Asociación de Trabajadores del Estado, enrolada en la Central de los Trabajadores de la Argentina, tendiente a organizar a las personas desocupadas en un contexto de elevados índices de desempleo en todo el país.⁴ En el Anuario 2014⁵ de la Tupac Amaru se expresaba:

En las calles, Milagro Sala, entonces Secretaria Gremial de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE), junto a Fernando Acosta, Secretario General, encabezaban la lucha por el mantenimiento de más de dos mil planes laborales y bolsones con alimentos, entre tantos otros puntos. La principal plaza de la capital jujeña, la Belgrano, y la Casa de Gobierno eran, en esos tiempos, lugares habituales de acampe (3).

⁴ En Manzano (2013) desarrolló detalladamente cómo representantes sindicales se opusieron a políticas neoliberales y desplazaron el entendimiento del desempleo como resultado inevitable de las nuevas tecnologías incorporadas a los procesos de trabajo capitalistas, transformando la desocupación en un terreno para la organización social y política de los trabajadores. Allí reconstruyo pormenorizadamente el proceso de constitución de la Central de Trabajadores de la Argentina en 1996 y su propuesta de organizar a los desocupados bajo la consigna “el barrio es la nueva fábrica”.

⁵ Se trata de un documento elaborado por la propia organización. Con formato y papel prototípico de periódico, mediante textos poco extensos y fotografías se resume el conjunto de las tareas anuales y sus sentidos. Lleva por título Anuario 2014.

En articulación con la lucha colectiva por mantener la cantidad de vacantes en programas de empleo y de raciones alimentarias, Milagro Sala también se abocó a la tarea de organizar a los desocupados en distintos barrios de la capital jujeña mediante la puesta en funcionamiento de copas de leche. Tal como rememoraba Conce:

Yo estoy desde el 99, desde la copa de leche, estaba todo tan feo, tan mal, y empezamos con las copas de leche. Hacíamos bollos, empanadas, juntábamos plata y con eso hacíamos la copa. Y cuando venían los planes o mercadería era una fiesta, aunque el plan lo repartíamos entre dos.

En términos temporales, la Organización Barrial Tupac Amaru se conformó dos años después de las intensas movilizaciones que atravesaron toda la provincia de Jujuy en reclamo por la situación de los desocupados. Durante la segunda quincena de mayo de 1997, con una tasa de desempleo provincial ubicada en un 18 por ciento sobre la población económicamente activa y una de subocupación que alcanzaba el 10.4 por ciento, las comisiones de desocupados de Libertador General San Martín, San Pedro, Abra Pampa, Palpalá y San Salvador de Jujuy protagonizaron una veintena de cortes de ruta y calles en articulación con otros actores sociales nucleados en multisectoriales, fundamentalmente con el Frente de Gremios Estatales.⁶ En esa oportunidad, se demandaba la creación de puestos de trabajo; subsidios para desocupados; exención impositiva a desocupados en servicios como luz, agua y vivienda; jubilación anticipada para quienes contaban con más de treinta años de aportes a la seguridad social; asistencia médica; y declaración de la provincia en estado de emergencia social (Gómez y Kindgard 1998).

El Estado, en sus diversos niveles, respondió a los cortes de ruta combinando represión con negociación. Por un lado, integrantes de la Gendarmería Nacional despejaron por la fuerza algunos de los cortes de ruta en tanto que autoridades nacionales amenazaron con encuadrar las medidas como delito aduciendo el código penal vigente en lo referente a la libre circulación⁷ (Gómez y Kindgard 1998). Por otro lado, se abrieron canales de negociación en torno a la entrega de ayuda social en forma de alimentos y a la creación de 12.000 puestos de trabajo en el marco del Programa Trabajar (Gómez y Kindgard 1998, Ferrari 2015). La iglesia católica, en la figura de su entonces Obispo Marcelo Palentini, asumió la mediación entre los manifestantes y los distintos niveles de gobierno; incluso estuvo a su cargo el registro censal de los desocupados para convertirlos en beneficiarios de las políticas sociales acordadas (Sala y Golovanevsky 2003-2004).

En síntesis, ese proceso de movilización, como sucedió en otras partes

⁶ El Frente de Gremios Estatales se conformó en 1988 agrupando a una diversidad de sindicatos del sector. En un contexto de reformas neoliberales, los ejes de disputa giraban en torno al nivel salarial, el pago de mensualidades atrasadas y la propia conservación del empleo público. Una reconstrucción detallada puede consultarse en Ferrari (2015).

⁷ El Código Penal vigente en esa época estipulaba la prisión para quien impidiera o estorbara el normal funcionamiento de los transportes por tierra, agua y aire. Ver más detalle en Manzano (2013).

de Argentina (Manzano 2013), configuró un modo de relación con el Estado en torno al problema de la desempleo que se basaba en la conversión de los desocupados en beneficiarios de políticas de transferencia condicionada de ingresos⁸ al tiempo que apelaba a una norma de intervención estatal estandarizada desde la década del ochenta, como era la distribución de alimentos entre familias en situación de pobreza. Al respecto, Mirtha, Conce y Silvia elaboraban dialógicamente la siguiente cronología:

Primero vino el desempleo, después vinieron los planes, se acuerdan que carpeábamos, decía Silvia a sus compañeras. Era mucha lucha y en el 2003 vinieron las cooperativas. Las cooperativas fueron buenas, agregó Mirtha, porque se movió todo, somos muchos entonces movemos todo los comercios.

Las experiencias compartidas así como las trayectorias personales establecían un marco común para definir a las cooperativas como un punto de inflexión social. Estas se ligaban indisolublemente con la asunción de Néstor Kirchner a la presidencia nacional y, particularmente, con la implementación del Programa Federal de Emergencia Habitacional dependiente del Ministerio de Planificación Federal, Inversión Pública y Servicios. En el año 2004, integrantes de la Tupac Amaru demandaron la inscripción en ese programa, especialmente cuando en Jujuy la Corriente Clasista y Combativa –por aquella época el movimiento de desocupados más importante de Argentina⁹– estaba a punto de iniciar la construcción de viviendas (Moscovich 2009, Anuario 2014). Una delegación viajó a Buenos Aires para entrevistarse con funcionarios ministeriales, encuentro durante el cual se acordó la asignación de 200 viviendas a construirse en un período de seis meses. En virtud del cumplimiento de ese primer cronograma, la Tupac Amaru continuó construyendo viviendas de manera ininterrumpida, alcanzando la cifra de 3000 en la zona de Alto Comedero y sumando, en total, 8000 a lo largo de la provincia.

El corolario de la construcción masiva de viviendas fue la creación de numerosos puestos laborales regulados por la Tupac Amaru. El impacto de la generación de trabajo, mediante el vínculo entre movimientos sociales y políticas públicas, varía de acuerdo a las regiones argentinas pero ha sido especialmente significativo para el caso de Jujuy. Esto debe entenderse en el marco de una economía provincial caracterizada por la concentración del sector productivo privado, notoriamente en torno a la caña de azúcar y sus derivados (Sala y Golovanevsky 2003-2004, Aramayo 2009, Ferrari 2015). Esta tendencia histórica se habría profundizado durante la década de los noventa como consecuencia de medidas de desregulación neoliberal, tales como la eliminación de precios sostén; la disolución de la Dirección Nacional del Azúcar; la supresión

⁸ Se trataba de una aplicación local de programas *workfare* financiados por organismos internacionales de crédito, que ofrecían una suma de dinero muy por debajo de salarios mínimos regionales a jefes de hogar desocupados a cambio de tareas comunitarias o productivas en proyectos de duración temporal. Un estudio pormenorizado de los mismos puede consultarse en Manzano (2013).

⁹ Un análisis detallado de la Corriente Clasista y Combativa y de su lugar en la creación del movimiento de desocupados puede consultarse en Manzano (2013).

del sistema de cupos; y la baja de aranceles de importación. Así, quebraron ingenios y cañeros independientes, provocando una mayor concentración de la actividad, a lo que se añade la tecnificación y el menor requerimiento de mano de obra (Sala y Golovanevsky 2003-2004).

Además, durante la década del noventa también se privatizaron áreas del Estado provincial, como la Planta Siderúrgica Integrada Altos Hornos Zapla, empresas de energía, bancos y cajas de seguridad. En el caso de Altos Hornos Zapla, que funcionaba en la localidad de Palpalá desde el año 1943, empleaba 8000 trabajadores en la década del setenta; 2560, en 1991 –tras implementarse mecanismos de racionalización y reducción de personal– y 880, posteriormente al traspaso formal a Aceros Zapla en 1992 (Bergesio y Marcoleri 2008). A su vez, el Estado se había convertido en el principal generador de empleo desde la década del 60, conteniendo la fuerza de trabajo sobrante del sector privado, especialmente la derivada de la mecanización de los ingenios azucareros. Sin embargo, la estrategia estatal de absorción de trabajadores encontró su límite en las políticas que pregonaban equilibrio fiscal y reducción del gasto público (Aramayo 2009, Ferrari 2015).

Desde el escenario configurado a lo largo de la década del noventa, mediante la aplicación de agresivas políticas neoliberales así como de procesos de resistencia liderados por gremios estatales en articulación con desocupados (Ferrari 2015), la Organización Barrial Tupac Amaru se abrió camino como otro empleador en la provincia entre la caña de azúcar, el Estado y rubros como el tabaco y la minería.

Quienes integraban la Organización Barrial Tupac Amaru percibían ser parte de un movimiento que cambió a Jujuy. Uno de los sentidos de ese cambio remitía a la transformación urbana que generó la Tupac Amaru en Alto Comedero, área sur de San Salvador de Jujuy. “Eso era un yuyal y mirá ahora”, solían indicarme en dirección al barrio. En el año 1986, el gobierno provincial sancionó una ley de expropiación de 600 hectáreas para llevar a cabo planes de vivienda con el objetivo explícito de regular la masiva ocupación de tierras y la autourbanización que comenzaba a darle su forma contemporánea a Alto Comedero (Bergesio, Golovanevsky y Marcoleri 2009). En ese entorno, la Tupac Amaru representó una disrupción, debido a la construcción en poco tiempo de 3000 viviendas, a la colaboración con la extensión servicios públicos – como transporte de pasajeros, correo postal o la prolongación del asfalto de la avenida central Valle Grande– y al esfuerzo para anclar, espacialmente, sentidos culturales y de bienestar social.

El sentido de cambio se reforzaba con la puesta en acto de un régimen estético de la política, es decir, la política en tanto experiencia se inscribía en el campo de lo sensible (Abélès y Badaró 2015). Desde lejos todo visitante se encuentra en condiciones de distinguir el barrio de la Tupac Amaru del resto de la zona y seguramente será afectado por la explosión de colores y la sucesión de imágenes: una escala cromática identifica cada una de las doce etapas de construcción de viviendas; el celeste profundo del parque acuático sobresale del suelo arcilloso; las réplicas monumentales de animales prehistóricos se levantan sobre el césped; el amarillo, rojo y azul de los peques –pequeños duendecitos

de una serie animada- se realzan entre juegos infantiles. Articuladamente, prevalecen elementos indios (Ríos 2013): wiphalas; monumento en homenaje a Tupac Amaru y Micaela Bastidas; y el símil del Templo de Kalasasaya, que constituye el centro ceremonial y político del lugar. Como advierte Ríos (2013), los personajes míticos no solo remiten a lo andino-indígena puesto que se funden en una totalidad dialéctica que conduce a otros lugares-tiempos, por ejemplo las figuras del Che Guevara y Evita como emblemas. Así, el logo principal de la Organización Tupac Amaru se compone de la representación del mapa de la provincia de Jujuy, cuya mitad está cubierta con los colores de la wiphala y la otra, con los de Argentina, poniéndose sobre relieve el perfil de Tupac Amaru. En las banderas de la organización y en los tanques de agua de cada una de las viviendas se recorta el rostro de Tupac Amaru en el centro y, a cada uno de sus laterales, el del Che o Evita. Como vemos, se trata de un espacio marcado por un régimen estético que, a la vez que conecta a la Tupac Amaru con Alto Comedero, también indica su control distintivo sobre ese territorio.

Otro sentido de cambio se elaboraba en conexión con la posibilidad de acceso a trabajo, vivienda, atención médica, funerales, educación y disfrute de polideportivos, parques acuáticos y centros culturales. Esto se valoraba especialmente en función de las propias trayectorias de vida y de los vínculos con áreas del gobierno provincial. En una conversación con Mirtha y sus hermanas, ellas comentaban que las cuotas que abonaban por sus viviendas en el barrio ascendían a 65 pesos mensuales, a lo que añadían: “Personas como nosotros nunca hubiésemos tenido la casa, que era para los que ganaban \$ 4000 por mes”. Era frecuente escuchar apreciaciones acerca del nivel salarial y la estabilidad laboral requerida para convertirse en candidato del IVUJ (Instituto Provincial de Vivienda y Urbanismo de Jujuy). Siguiendo con el diálogo, Mirtha concluía:

Por eso digo, Milagro cambió Jujuy. Le dio movimiento, se hacen cosas, antes sólo eran actos de política con los políticos. Yo nunca había visto esto antes, es como que hizo competir al gobierno también, ellos para no quedarse atrás empezaron a hacer cosas también.

En cuadernillos de divulgación se describía a cada una de las áreas de intervención de la Tupac Amaru y se explicaba que las mismas habían surgido para ofrecer respuestas concretas a quienes no encontraron una “solución” que el Estado debería garantizar. La manera en que se concebía a las soluciones también expresaba una toma de posición acerca de cómo debería funcionar el Estado, ponderando entre los atributos deseables inmediatez, proximidad y personalización. En este sentido, se afirmaba: “(...) gracias a la asistencia que se brinda desde los diferentes sectores, la Tupac Amaru atiende en forma eficiente y personalizada a las distintas necesidades sociales” (Cuadernillo Tupac Amaru s/f, 16). Así, la Tupac Amaru proyectaba la imaginación de un Estado no concretizado, habilitando un espacio propio de intervención, en comparación con la institucionalidad gubernamental.

Bajo esta concepción, la relación con el Estado no se vivía simplemente como confrontación sino también como complemento/colaboración. Sin embargo, esto es más complejo desde la óptica de los propios funcionarios y empleados estatales. Cuando en el año 2014 visité el IVUJ, advertí que tenía en común con la Organización Barrial Tupac Amaru la fuerte inversión del Estado nacional en recursos para vivienda e infraestructura. A su vez, la variedad de programas en funcionamiento también formaba parte de las respuestas del gobierno provincial ante el proceso masivo de ocupaciones de tierras y viviendas que había envuelto a Jujuy durante la segunda quincena de julio y la primera de agosto de 2011. Ese proceso se inició en Libertador General San Martín cuando se ocuparon tierras pertenecientes a la empresa azucarera Ledesma. Desde el año 2005, la Corriente Clasista y Combativa venía reclamando lotes improductivos a la empresa Ledesma a través de ocupaciones, petitorios y marchas para construir viviendas (Morales 2012). La ocupación de 2011 se enmarcó en esa cadena de reclamos y negociaciones pero las familias fueron desalojadas por la fuerza durante la madrugada del 28 de julio, cayendo cuatro hombres asesinados sobre calles aledañas.

A partir de ese evento se ocupó todo, como me decía una ingeniera del IVUJ y como recordaban sin demasiado esfuerzo las personas con las que conversaba por las calles de San Salvador de Jujuy. En el IVUJ relataban: “Nosotros nos apuramos a entregar viviendas sin terminar para que no las ocupen”, al tiempo que otros empleados me acercaban planillas en las que se cuantificaba la cantidad de viviendas que permanecían, según terminología oficial, usurpadas y bajo la égida del poder judicial. En ese contexto, el gobierno provincial creó el programa un lote para cada familia, en tanto que la Tupac Amaru se movilizó el 2 de agosto junto con otras organizaciones hacia Libertador General San Martín en reclamo de justicia (Morales 2012); recorrió, junto con funcionarios públicos, las ocupaciones para apoyar la creación del mencionado programa (Battezzati 2012); y cedió parte de los terrenos de Alto Comedero a un gremio docente, cuyas tierras adquiridas para construir vivienda a sus afiliados habían sido ocupadas.

Los profesionales del IVUJ reconocían parte de la labor de la Tupac Amaru pero, comparativamente, exigían un mayor control del gobierno nacional sobre el funcionamiento de la organización, sobre el gasto de recursos y sobre la calidad constructiva. Para otros, la Tupac Amaru también era la responsable de incentivar la vagancia, muy ofuscados me señalaban a grupos de personas en actitud de espera en las oficinas del Estado para que les liberen fondos para sus cooperativas: “Esto lo creó la Tupac, no son todos de la Tupac, pero es a lo que dio lugar la Tupac”, enfatizaban y agregaban: “Sí trabajaran como dicen no estarían sentados ahí”. Asimismo, el reclamo de control de fondos era enardecido puesto que la Tupac Amaru construía la mitad del total de viviendas anuales de la provincia enmarcadas en el Plan Federal (Battezzati 2012).

Como vemos, la Tupac Amaru se formó como un lugar distintivo, atravesando y articulando un variado conjunto de relaciones sociales. Entre esas relaciones también deben contarse las conexiones entre miles de personas que día a día daban vida a la Tupac Amaru. Mirtha, Conce, Silvia y Pillu remitían

los diferentes momentos vividos con la Organización Barrial Tupac Amaru a inscripciones corporales de lucha y sacrificio, así como al paso de la edad personal y de la adquisición de nuevos conocimientos. La lucha, como señalé más arriba, se vinculaba con la etapa previa a la formación de cooperativas de construcción de viviendas, cuando erigían carpas frente a la casa de gobierno, manifestaban por las calles, y amasaban bollitos y empanadas para vender y sostener con esa recaudación la copa de leche. En tanto que el sacrificio se asociaba, principalmente, con el trabajo duro en las obras de construcción de viviendas. Con frecuencia relataban cómo habían ingresado a esos terrenos, desmalezándolos, limpiándolos y combatiendo variedad de animales para poder asentar las primeras viviendas. “Fue un trabajo duro, acotaba Silvia, yo me empecé a cansar en la quinta etapa, me empezó a doler mucho todo”. Las demás compañeras asentían y recreaban con movimientos corporales la manera en que hacían pastón, cargaban carretillas y removían rápidamente, provistas de palas, el material para que no se secase.

Daniela también era una de las primeras personas en la organización, ella ingresó a una de las copas de leche más antiguas, como era la que funcionaba en el barrio Mariano Moreno. Para ella el sacrificio remitía al trabajo en las obras conjuntamente con el estudio de una carrera terciaria en el instituto perteneciente a la organización. Un día, mientras conversábamos en medio de una campaña de vacunación, me decía:

Yo quise dejar de estudiar y un tiempo dejé porque era un gran sacrificio Trabajaba en obra, salía a las 17 y de ahí iba al Instituto. Pero me vinieron a buscar mis compañeras y los profesores, entonces seguí.

Daniela hablaba de su experiencia personal pero la misma era, en buena medida, colectiva puesto que quienes integran la Organización Barrial Tupac Amaru eran incentivados a culminar sus estudios primarios y secundarios o emprender una carrera terciaria en los colegios e institutos dependientes de la organización.

El reconocimiento a la capacitación o al paso del tiempo – “estábamos grandes para las obras”, solían decirme las mujeres– se expresaba mediante el traslado a otras actividades que, comparativamente, requerían menor esfuerzo físico que el trabajo en obra, como auxiliares de limpieza en colegios, puestos sanitarios u oficinas de la organización, cuidadoras en guarderías infantiles o tareas acordes a la capacitación lograda, como profesores de escuela o promotores de salud. Ese tiempo compartido de lucha y sacrificio, así como el reconocimiento para conservar el trabajo de acuerdo a la edad y a los conocimientos alcanzados, generaba una identificación estrecha y particular con la organización que reivindicaban frente a aquellos que definían como nuevos, a otros que mantenían vínculos más tenues, o a quienes salían de la organización cuando lograban habilidades que, posteriormente, valorizaban en el mercado de trabajo.

Algunos de los miembros de la Tupac Amaru eran reconocidos como “los chicos de Milagro” o “los famosos del movimiento”, tal como se refirió Mirtha en uno de esos días que me acompañó a recorrer el barrio: “Esta es la casa de la Priscila, esta es la de la Thalía, bah por acá viven los famosos del movimiento”. Roxana analizaba que era el afecto aquello que daba forma a la relación entre ese grupo y Milagro Sala: “Ellos ponen el cuerpo por Milagro, se tiran encima de ella si hay un tiroteo”. Con otro énfasis, Mirtha, Conce y Silvia se burlaban de la Pillu: “¡Esta Pillu!, decía que ella iba a estar siempre a la par de la Flaca¹⁰, codo a codo y tiró pronto la toalla”. Después de estallar las tres en carcajadas, prosiguieron: “Lo que pasa que la Flaca es incansable, trabaja todo el tiempo sin parar”. Desde ambas perspectivas, el grupo estrechamente unido a Milagro se distinguía del resto en función de consagrar su propia vida o el tiempo casi absoluto de su vida a quien encarna el movimiento. Otras personas que mantenían un vínculo diario pero de menor densidad con la organización manifestaban que el círculo más íntimo de Milagro representaba, según sus propias palabras, una superestructura, la cual acumuló riquezas –que exhibía a través de objetos suntuosos como autos y camionetas último modelo– y acaparó ciertos privilegios, como integrar comitivas en viajes a Europa o boletos para presenciar espectáculos en Buenos Aires. No obstante, contemplaban la labor de Milagro Sala para rescatarlos de un pasado duro de consumo de drogas, alcohol y delitos.

Un número elevado de personas se relacionaba desde su saber profesional, principalmente médicos, maestros, profesores o enfermeras. Varios de ellos también eran reconocidos por sus extensas trayectorias de militancia política y cultural, las cuales remontaban hasta la década del 70 pero revalidadas en acontecimientos más recientes de la historia jujeña. Por ejemplo, se incorporaron como profesores algunos de quienes asumieron la coordinación de comisiones de desempleados en San Salvador de Jujuy y en Libertador General San Martín en el año 1997. Además, personalidades del campo cultural y literario regional sostenían un espacio en la emisora radial Pachamama – que transmitía desde la sede central de la Tupac Amaru–. El conjunto de estas relaciones solían ser más laxas que aquellas que encarnaban quienes estaban desde el comienzo y entregaron sus energías en las obras de construcción de viviendas. De tal manera que, entre ellos mismos, esgrimían la categoría tupaqueros para marcar distintos niveles de compromiso y organicidad.

La Tupac Amaru también atravesaba las relaciones de parentesco. La hermana de Daniela trabajaba en la Tupac como maestra y su hermano salió pero había sido parte en épocas previas. Camila ingresó a trabajar en la Tupac una vez que se recibió de técnica agente sanitaria, pero previamente colaboraba en una copa de leche de la cual era delegado su hermano. En la cocina de una de las escuelas de la Tupac, mientras intentaba calentar agua, una joven que

10 Las personas se referían a Milagro Sala de distintas maneras: Milagro, Flaca, Jefa, Líder. Cuando la denominaban Flaca, por lo general hablaban de sus propios conflictos, tensiones, confianza e intimidad. Milagro, en cambio, situaba el lugar prominente de la Tupac en el escenario jujeño así como el agradecimiento personal. Jefa o líder remitía a procesos de conducción política y laboral. Queda pendiente para un próximo artículo este análisis, por lo pronto remito al texto de Tabbush y Caminotti (2015), cuyo análisis sitúa este vocabulario diferencial en el marco de relaciones de género.

acunaba a su bebe, vestida con uniforme de auxiliar de limpieza, se acercó a ayudarme y me dijo: “Usted anoche conoció a mi mamá, la Pillu, le dicen”. Mirhta, el día del acto de cierre de campaña del voto boliviano, me presentó a una de sus hermanas que estaba allí acompañándola y que trabajaba en la fábrica textil de la organización; días más tarde recorriamos el barrio y conocí a otra de sus hermanas, quien también trabajaba en la fábrica textil; continuamos caminando e ingresamos a la escuela primaria Bartolina Sisa, allí me señaló a dos alumnos pequeños que eran sus sobrinos-nietos; por las calles nos cruzamos con su sobrina que integraba la copa de leche de la cual Mirtha era delegada. En una de nuestras conversaciones, Mirtha me confiaba:

Ellos dicen la familia no –en alusión a autoridades de la Tupac Amaru–. Mi familia me acompaña, si no sería difícil. Viste esa mujer que estaba el otro día –refiriéndose al acto de cierre de campaña del voto boliviano en el que estuve con ella–, me dijo: ‘voy a buscar a mi nene’ y no vino más, en cambio la familia acompaña.

El acompañamiento de la familia era de suma importancia en el caso de Mirtha para poder cumplir con ciertas obligaciones que la ligaban a la Tupac, como cocinar para servir tres veces por semana la copa de leche o asegurar presencia en las manifestaciones. En el otro extremo, Milagro Sala también aparecía envuelta en relaciones de parentesco, desde su pareja a sus hijos todos tenían un lugar destacado en la vida de la organización. Además, las personas solían opinar e inmiscuirse en la situación de los familiares de Milagro, desde manifestar preocupación por el estado de salud de alguno de ellos hasta contar anécdotas sobre sus comportamientos. La Tupac Amaru también se extendía a través de los parientes de cientos de personas que pertenecían a la organización, como los padres de los alumnos que concurrían a las escuelas o los familiares de quienes vivían en el barrio.

La Organización Barrial Tupac Amaru se conectaba a y tomaba fuerza de otros lugares social y políticamente significativos. Tuvo un papel protagónico junto con organizaciones de Derechos Humanos para impulsar juicios de lesa humanidad en la provincia. Conmemoraba la vida de personas que se transformaron en símbolos de la lucha popular y sindical de Jujuy, como el destacado dirigente minero detenido-desaparecido Avelino Bazán. Ocupaba calles para manifestar adhesión hacia políticas del gobierno nacional, en campañas electorales, asambleas, o para incidir en la política regional. Además, desde el año 2013, integraba con cuatro diputados electos por el Frente Unidos y Organizados por la Soberanía Popular el parlamento provincial, quienes marcaban sus bancas con la bandera wiphala.

La Tupac Amaru también ocupaba el espacio acorde al calendario festivo y de celebraciones: Día Reyes, Día del Niño y Día del Maestro. Desfilaba en la fiesta del estudiante y en épocas de carnaval. En ocasión del día de Reyes y del Niño, propiciaba una masiva redistribución de comida y regalos sobre una de las principales avenidas de San Salvador de Jujuy. En octubre de 2014, cuando llegué a Jujuy, las conversaciones giraban en torno al 4º premio que la

carroza, ensamblada por alumnos del secundario de la Tupac Amaru, había conquistado en la Fiesta de los Estudiantes. Además, la Tupac Amaru se medía con otras escuelas de la provincia en jornadas de capacitación, de matemática, en olimpiadas de filosofía y en concursos de baile. Competía con sus propios equipos federados en vóley o en torneos de la liga jujeña de fútbol. Promovía campañas de salud en plazas y calles. En tanto que el ballet de danza folklórica, según noticiaba el Anuario (2014): "(...) se llevó el mayor galardón del festival internacional de Jineteadas y Canto en el Chaco" (27).

La Tupac Amaru puede pensarse como una articulación transitoria e histórica de un conjunto de relaciones sociales que coexisten en simultáneo y trasladan distintas capas temporales. En términos de Massey (2012d), el lugar y el espacio no deberían representarse como una lámina estática, sino como un corte a través de las trayectorias, una simultaneidad de historias. La Tupac Amaru atraviesa, conecta y re-articula diversas relaciones sociales. Representa un corte a través de la vida de aquellos que, a fines de la década del noventa, se dispusieron a colaborar en copas de leche, lucharon en las calles y se sacrificaron corporalmente para la construcción de viviendas. También atraviesa a quienes se sintieron rescatados y entregaron la totalidad de su tiempo para el movimiento. Toca y conecta parcialmente trayectorias profesionales, intelectuales, así como las de los parientes de las miles de personas que anudan más cerradamente sus vidas con ese lugar. Atraviesa cotidianamente a quienes trabajan y, de un modo más ocasional, a aquellos que reciben atención médica, escolar o, simplemente, disfrutan de las piletas de natación en verano. Conecta trayectorias de aquellos que participan activamente de festivales y celebraciones, hasta las de los simples espectadores. Atraviesa y re-articula memorias históricas de luchas regionales y escenarios de conflicto más recientes, como las luchas contra el desempleo y las ocupaciones de tierras. Se desplaza entre políticas públicas y rearma las presencias estatales. Se mueve entre urbanizaciones populares y estructuras del empleo y las re-constituye.

Las conexiones y desconexiones de trayectorias hacen cotidianamente a la Tupac pero nunca terminan de formarla como entidad acabada, coherente y dotada de una lógica propia. Y esto es así porque esa simultaneidad de relaciones tampoco se termina de constituir cerradamente asumiendo la forma de identidades o entidades abstractas de los flujos de la vida social. Sin embargo, es común que los estudios en ciencias sociales describan a esas relaciones como partes de sistemas coherentes y relativamente cerrados; para algunos la Tupac Amaru es un actor plenamente constituido con poder de veto provincial y con incidencia en las relaciones bilaterales prototípicas del federalismo argentino, en virtud de sus vínculos con el gobierno nacional mediados por recursos (Moscovich 2009). Para otros, la Tupac Amaru también es un actor social constituido que articula intereses de sectores informales, debido a las transformaciones de actores tradicionales como sindicatos y partidos políticos (Battezzati 2012). La relación, en este caso, sería de coordinación y de jerarquía respecto de otras organizaciones, sustentándose en el monopolio del uso y la distribución de recursos; la capacidad de presión hacia el gobierno provincial; la provisión de servicios; y la legitimidad para discutir políticas públicas (Battezzati 2012).

Las relaciones suelen representarse como partes de sistemas políticos, establecidas entre niveles de gobierno y/o actores corporativos. Si bien la política es entendida en clave relacional, lo es solamente en términos de lo estatal, en tanto institucionalidad gubernamental, o en cuanto actores legitimados por el Estado (partidos, sindicatos u organizaciones sociales). Por el contrario, la visión relacional de la política que propongo en este artículo, que retoma los aportes de Massey (2012 a, b, c, d), remite a articulaciones de trayectorias diversas a través de mapas de poder, antes que a vínculos entre identidades y entidades pre-constituidas; de ahí que me interesa reparar en las conexiones y desconexiones que sugiere la construcción entrar y salir de la Tupac, tal como expresaban las personas que conocí durante mi trabajo de campo.

ENTRAR Y SALIR DE LA TUPAC: TRABAJO Y BIENESTAR

Durante mi estadía de campo, quienes integraban la Organización Barrial Tupac Amaru estaban expectantes debido a la discontinuidad en la paga a cambio de su trabajo, así como por la cantidad de personas que, a raíz de ese motivo, estaban saliendo de la organización. En uno de nuestros primeros encuentros Mirtha me comentaba: “Soy de las primeras, pasamos por todas, marchas, carpeadas, pero este es el peor momento porque estamos hace tres meses sin cobrar y vamos para el cuarto”. Otros lamentaban con nostalgia cuántos eran antes y los pocos que quedaban porque muchos compañeros estaban saliendo, situación especialmente notoria cuando recorríamos la fábrica textil y la metalúrgica donde se advertía un número de trabajadores relativamente menor a la cantidad de maquinaria instalada. Una de las hermanas de Mirtha que trabajaba en la textil me decía: “Éramos 200, ahora quedan 80 porque vamos para cuatro meses sin cobrar”.

Entrar y salir de la organización no eran posiciones absolutas: mientras algunos estaban pensando en salir, otros esperaban y se esforzaban para entrar –colaborando en copas de leche o participando de movilizaciones–: “Muchos quieren entrar por el tema de los remedios y los médicos”, afirmaba la Pillu. Además, si por aquellos días era bastante corriente la salida ante la discontinuidad en la paga, no parecía ser del todo extraña. Entre los asistentes al acto del cierre de campaña del voto boliviano en el exterior, una mujer que portaba una bandera de la Tupac Amaru me explicó que se sentía cansada porque había trabajado durante el día entero en la construcción de viviendas en la localidad de Monterrico, de donde ella era. Le comenté: “¡Cuánta gente!”, “Antes éramos más”, me respondió; disponiéndome a escuchar la explicación corriente por aquellos días, que esgrimía la falta de pago, me sorprendió que la mujer continuara su argumento sosteniendo: “Lo que pasa es que la gente aprende albañilería u otro oficio y después se va a otro lugar”. En una conversación más pausada y extensa con un hombre que habitaba el barrio de la Tupac Amaru, él sostenía:

Los pibes se dan cuenta, los varones saben que ganan menos que lo que les correspondería por el salario en construcción, entonces con lo que aprendieron intentan moverse pero a veces tampoco consiguen y vuelven a pedir ingresar.

Entrar y salir representaban opciones configuradas en marcos relacionales influidos por la estructura del empleo de la provincia, especialmente en rubros como la construcción y el empleo público. Asimismo, implicaba considerar la inscripción de los puestos laborales en dispositivos de bienestar social, ponderando crucialmente la atención en salud. Más aún, las opciones de entrar y salir también indicaban el tipo de relaciones que las personas mantenían con la Tupac Amaru. Cuando esperábamos por el comienzo del mencionado acto, pregunté a Mirtha y a su hermana si sabían cuándo se re-establecería la paga:

Y Virginia, nadie sabe, vos caminás por acá y vas a tener todas las versiones. ¡La gente inventa cada cosa! Pero nadie tuvo el coraje de decirle: 'Milagro, ¿qué pasa?', y ella no nos reunió a todos para explicarnos.

Días después, Mirtha, Conce y Silvia, mientras tomábamos una merienda, me confiaban:

Me da bronca que hablen, decía Silvia, me da bronca eso que hablen porque a veces tardan las cosas pero siempre llega una solución. Conce agregaba: Vos la ves a nuestra Jefa que trabaja, que es incansable, que tarda pero consigue soluciones, y es como que te da esperanza y tenemos que seguir por más.

Esa búsqueda de soluciones retrotraía a innumerables situaciones que habían vivido juntos en la Tupac Amaru, como conseguir sillas para las reuniones de delegados de copa de leche cuando, durante un tiempo extendido, se sentaban sobre el piso, o el legendario desafío de obtener tierras, armar cooperativas y construir 200 viviendas en cuatro meses. Puntualmente, en esos días las expectativas de solución estaban puestas en el viaje que Milagro Sala había emprendido hacia Buenos Aires. Roxana, con argumentos más técnicos, planteaba que la solución sería constituirse como empresas sociales, tomando como base la fábrica textil y articulándose con cooperativas de algodón que funcionaban en la provincia del Chaco. En términos más prácticos, pensando en las elecciones presidenciales del año 2015, Mirtha me comentaba: "Milagro nos dice que tenemos que buscarnos la forma de pagarnos los sueldos".

En ese contexto se perfilaban con cierta nitidez las relaciones sociales que producían la opción de entrar o salir de la Tupac Amaru pero también me sorprendía el ritmo de trabajo diario de todos aquellos que decidían permanecer apegados a ese lugar. Trabajar en la Tupac Amaru se revestía de numerosas exigencias y obligaciones, especialmente porque ese trabajo se realizaba en

términos comparativos con el empleo público. Cotidianamente, personal apostado en la puerta de la sede central solía correr tras ancianos que se retiraban del edificio, preguntándoles insistentemente: “Doñita ¿la atendieron?”. Trabajar en la Tupac también requería comprometerse con el mantenimiento de un régimen estético y dedicar tiempo para participar de movilizaciones. En cada uno de los edificios se advertía un esfuerzo considerable por la combinación de colores y materiales para crear espacios adecuados, limpios, lindos, iluminados, aireados, que contrastaban especialmente con el estado de los edificios públicos jujeños que tuve la posibilidad de conocer. La exigencia de higiene y prolijidad también se aplicaba sobre los trabajadores, quienes debían procurarse su aseo personal y utilizar el uniforme correspondiente para cada tarea y/o evento colectivo.

La exigencia con el trabajo pude sentirla compartiendo bastante tiempo de mi estadía de campo con las agentes sanitarias del área de atención primaria del barrio de la Tupac Amaru en Alto Comedero. Las acompañé durante la visita domiciliaria, que representaba la actividad principal, a la que sumaban estacionalmente campañas de vacunación, administración de test para detectar HPV en mujeres, jornadas de promoción de la salud en la vía pública, o el control del acceso a las piscinas en época de verano. Llegué a las 9 de la mañana al puesto de salud, lugar donde se reunían tanto para iniciar como para concluir su jornada laboral y desde donde, luego de compartir comida, partían hacia el sector del barrio delimitado en el mapa y asignado a cada una de ellas.

Bajo un sol extremadamente agobiante, me sumé al recorrido de Kari. Nos alejamos bastante del puesto de salud hasta detenernos, una vez que bordeamos un extenso paredón que llevaba inscripta la siguiente prescripción y calificación: “No tirar basura, no seamos sucios”. Allí Kari comenzó a extraer planillas de la pesada mochila que cargaba sobre sus espaldas, que utilizaría para el registro de cada vivienda y familia, coloreando, según corresponda, en azul y rojo los dos controles anuales, y asentando el número de re-visitas. Una vez que ubicamos la primera de las viviendas, comenzamos a timbrear o palmear en las puertas a lo largo de cien metros de un frente y del otro.

En la cuarta vivienda que visitamos salió a nuestro encuentro un hombre, quien nos había observado minutos antes mientras él recogía basura de su vereda y nosotras estábamos en la puerta conversando con la familia que moraba en la primera casa visitada. Él vivía junto a su mujer y su pequeño hijo de siete años, ella trabajaba como enfermera en un hospital de la capital jujeña en tanto que el señor estaba contratado como capacitador para arreglos de electricidad en la escuela Bartolina Sisa. Durante la conversación aprovecharon para consultarle a Kari acerca de otros servicios, como fonaudiología o la revisión médica para ingresar a la pileta, especialmente para parientes que no residían en el barrio: “Ah, dijo Kari, pero la pileta es otro carnecito, ahí estaremos nosotros también”.

Nos despedimos de la familia, dejamos atrás dos viviendas que estaban cerradas, hasta que en la siguiente nos atendió desde la ventana una joven con niños muy pequeños. Mientras aguardábamos por un certificado, caminaban en grupo mujeres y varones vestidos con ropa de obra: pantalón y camisa de tela gabardina color caqui, con el logo de la organización Tupac Amaru estampado

en la espalda y en las gorras de visera que llevaban puestas. Kari saludó a las mujeres y les preguntó: “¿qué están comiendo?”, una de ellas respondió: “aire”, despertando la risa de todos. Nos contaron: “Estamos limpiando las calles porque se terminó el material para obras”, “¿qué le doy de comer a mi hijo?”, añadía otra. Continuaron caminando, barriendo y recogiendo basura tirada.

Kari también estaba angustiada por la discontinuidad en el pago. Mientras íbamos entre una vivienda y otra, o cuando esperábamos por algún certificado o test, ella me decía:

Mi mamá y mi marido me dicen: ‘para qué seguís yendo – refiriéndose a su trabajo como agente sanitaria en la Tupac-. Como excusándose, Kari explicaba: Lo que pasa es que a mí me gusta esto y por ahí algún día el sistema de salud nos reconoce.

El gusto que sentía Kari por el trabajo de agente sanitaria venía desde lejos, al menos desde el momento en el que se había trasladado a la provincia de Córdoba para estudiar una carrera auxiliar de medicina, la cual había abandonado debido a dificultades económicas que la obligaron a comprar y vender ropa viajando entre Bolivia y Jujuy. En virtud de sus inquietudes, descubrió la carrera de técnico agente sanitario en el Instituto Superior de la Tupac Amaru, entonces decidió anotarse: “Entré y me encantó, era lo que yo siempre quería”. Además, albergaba la esperanza de que el sistema de salud estatal reconociera el trabajo de las agentes sanitarias de las Tupac Amaru, equiparándolas salarialmente con los agentes oficiales, así percibiría \$ 6000 mensuales en lugar de \$ 2600. Esa esperanza se mantenía viva porque había tenido la posibilidad de hacer algunas suplencias en el sistema de salud público. A la par del gusto por la tarea y de la expectativa de reconocimiento, el trabajo de Kari, a pesar de la discontinuidad en la paga, era la fuente más estable dentro de su grupo familiar, ya que su marido padecía problemas agudos de salud y sus hijas todavía estaban en edad escolar.

Las mujeres que limpiaban calles se habían sentado a reposar en una vereda, alcanzadas por la sombra que proyectaba una pared, porque era mediodía y el sol quemaba cada vez más. Varias casas estaban vacías, yo notaba que Kari se disgustaba ante esas situaciones, más aún cuando advertía luces exteriores encendidas y sonido de música en el interior: “¿Por qué agarran casas y las dejan vacías?”, me decía. Ella hacía esfuerzos para procurarse una vivienda en el barrio porque habitaba en un asentamiento precario sobre una de las márgenes del río y se inundaba con frecuencia. Mientras timbrábamos, recibió un mensaje en su teléfono móvil, con una de sus manos tomó la mía y reía con la respiración agitada: “Parece que a las tres de la tarde empiezan a pagar”, me dijo sin poder contener su alegría. Vociferó la novedad para que escuchasen las mujeres que descansaban en la vereda opuesta a la nuestra; cuando oyeron, comenzaron a levantarse; un grupo de hombres que pasaba empujando una carretilla confirmó la noticia. Súbitamente el ritmo del barrio se trastocó, con gran bullicio las personas se pusieron en movimiento. Kari recibió otro mensaje donde ordenaban bajar al puesto de salud para estar allí a las 13 horas en punto.

La ayudé a guardar todos los materiales en su mochila y comenzamos a bajar; como la geografía es ondulada, caminando en pendiente, veíamos como en una postal panorámica la totalidad del barrio. En parte, advirtiéndolo aquello que estaba contemplando, Kari me comentó: “La gente habla pero mirá este barrio que hizo Milagro. Guardería, pileta, pileta climatizada y hablan mal de nosotros”.

Esa misma tarde partí del barrio junto con Kari y las demás agentes sanitarias, abordamos el mismo colectivo de todas las tardes, que nos llevaba hacia el centro de la ciudad. A diferencia de los días previos, el micro completó toda su capacidad, el conductor sorprendido preguntó: “¿qué pasa?”, y algunos pasajeros respondieron: “Cobran los de la Tupac”. Una mujer, sentada en el último asiento, le comentó a Kari: “¡Así que cobran. Menos mal!”. Tras iniciar ese diálogo nos contó que ella había sido una de las primeras integrantes de la Tupac y que, habiendo aprendido el oficio de plomería, salió en la etapa ocho porque se sentía muy cansada y comenzaba a padecer intensos dolores de espalda y cintura. Una joven, que momento antes era parte del grupo que limpiaba las calles, me contó que ella también había vivido en Buenos Aires, en el barrio de Constitución, lugar al que había llegado con su pareja en búsqueda de trabajo; sin embargo, cuando nació su bebe, extrañaba mucho a su propia madre y por eso decidió retornar. Apenas volvió a Jujuy, su hermano estaba trabajando en la Tupac y fue así que pudo entrar a la obra; durante el viaje también comentó: “Mucha gente dejó, antes éramos un montón, ahora van dejando porque no cobran. Yo pienso que ya voy a salir”.

Ese día comprobé hasta qué punto se aplicaba aquel comentario que hizo Mirtha apenas la conocí: “Las cooperativas fueron buenas porque se movió todo, somos muchos entonces movemos todo los comercios”. Cuando descendimos del colectivo en la esquina de la sede central de la Tupac Amaru, miles de personas esperaban su turno para percibir su paga. A lo largo de esa calle se habían montado puestos de venta de comida, bebidas, DVDs y juguetes infantiles. En un locutorio cercano se formaban filas para recargar el crédito de teléfonos móviles o cancelar deudas de servicios.

Los puestos de trabajo eran valorados en función de obtener un salario pero también por su inscripción en un dispositivo de bienestar en el que Kari y el resto de las agentes sanitarias representaban puntos cardinales. En una charla con Pillu y Mirtha, ellas decían:

Acá te dan todo. Se paga cinco pesos por mes, como una mutual acota Mirtha, y tenés todo. La salud, dice Mirtha, los estudios los hacen ellos o te mandan, como le paso a una chica el otro día, sin pagar nada al centro de salud que esta acá a la vuelta que es de alta complejidad. También para los velorios, prosigue la Pillu, si muere un familiar ellos pagan todo, el cajón, las luces, el lugar y también te dan cuatro bolsas de mercadería para organizar el día del velorio.

En una cartilla titulada “Organización Barrial Tupac Amaru. Beneficio para los afiliados”, se promocionaban servicios de medicina clínica, pediatría, oftalmología, traumatología, odontología, laboratorio dental, masoterapia,

fisioterapia, radiología, ginecología, obstetricia, farmacia, laboratorio, cardiología y psicología. También se ofrecían servicios de sepelios y medicación gratuita. Además de esto, se puntualizaban “servicios sociales”, tales como la tramitación de pensiones, subsidios y documentos de identidad nacionales y para inmigrantes; asesoría jurídica; atención a jubilados; colegios polimodales y la oferta educativa del Instituto Terciario.

En una ocasión, mirando el barrio desde el extremo superior del templo de Kalasasaya junto a Roxana, observaba las canchas de básquet, fútbol y rugby, y recordaba que al pasar cerca de ellas había leído un slogan en el sector de tribunas que decía: “Sí al deporte, no a la droga”. Pregunté a Roxana si esa leyenda estaba relacionada con “rescatar a los jóvenes”, como varios contaban que había hecho Milagro en los inicios de la Tupac Amaru: “Eso era antes, me contestó, el deporte ahora tiene que ver más con el bienestar, es una idea que la Flaca trajo de cuando estuvo en Cuba”.

Teniendo en cuenta estos aspectos, Tabbush y Caminotti (2015) proponen conceptualizar a la Tupac Amaru en términos de organización-bienestar, en tanto entramado de provisión de trabajo, ingresos, protección social, recreación y consumo cultural, que sería indicativo de las transformaciones sociales que se operaron desde el año 2003 en Argentina en un marco de reactivación económica y cambio de gobierno. Este concepto también llama la atención sobre la competencia con el gobierno provincial en lo referente a la provisión de servicios, así como sobre la diferencia con redes de reproducción y sobrevivencia características de sectores empobrecidos. Además, intenta mostrar cómo se redistribuyen recursos al tiempo que se regula la vida de poblaciones, volviendo porosos los límites entre las categorías analíticas de movimiento social, mercado, Estado, hogar y partido político (Tabbush y Caminotti 2015). La noción de organización-bienestar presenta algunos puntos de contacto con el abordaje de la Tupac Amaru como lugar que propongo en este artículo, aunque construimos el objeto de nuestro análisis desde extremos diferentes. Tabbush y Caminotti parten de la organización y desde ahí identifican porosidad y mixtura, tornándola un eje de reflexión relevante. En mi caso, intento comprender a la Tupac Amaru desde el conjunto de relaciones que se entrelazan y la constituyen como lugar, siempre en devenir y nunca acabado.

Enfocar a la Tupac Amaru como lugar de encuentro y de articulación de trayectorias posibilita reparar con mayor detalle en el trabajo colectivo que se pone en movimiento para producir bienes comunes (Harvey 2014). En otras palabras, ese lugar que denominamos Tupac Amaru también se define por una forma de trabajo colectivo que produce valor en el entrecruce de procesos de expropiación y apropiación, de lo público y lo común. La Tupac Amaru se constituye desde un modo colectivo de apropiación de parte del excedente social concentrado y redistribuido a través de políticas públicas. Ese trabajo colectivo, aunque apoyado en intervenciones públicas estatales, produce aquello que Harvey (2014) define como lo común, es decir, esos bienes que necesariamente rebasan el entendimiento acotado que ordena nuestro razonamiento entre mercado o Estado. En esta producción colectiva se conectan ciertas memorias de trabajo y bienestar que, para el caso de Jujuy, aparecen ancladas en lo que fue el pleno funcionamiento de la Planta Siderúrgica Integrada Altos Hornos Zapla

hasta su reconversión y posterior privatización. Al mismo tiempo, manifiesta la pérdida de peso de los trabajadores industriales y del empleo público.

Bajo estas modalidades de trabajo, la Tupac Amaru conecta y desconecta trayectorias disponiéndolas en función de producir urbanización y una red de protección social para quienes habitan esos lugares. Ahora bien, lo común, como explicita Harvey, no refiere a bienes estáticos y acabados sino a relaciones maleables en función de luchas de comunalización inmersas en relaciones de expropiación/apropiación. Por eso mismo, las conexiones y desconexiones se encuentran atravesadas por los movimientos en la estructura del empleo provincial, los ritmos de las políticas estatales, las relaciones de parentesco o el reconocimiento social diferencial del aporte de cada uno al trabajo colectivo, lo que se traduce en derechos sobre ciertos bienes para algunos o sobre todos para otros. Este planteo conlleva un debate más profundo en la teoría social acerca de las formas de coordinación de lo común, desde aquellas posturas que esgrimen la democracia directa y la horizontalidad (Hardt y Negri 2002) hacia otras que sostienen, de acuerdo con la escala, una mixtura de posibilidades, incluyendo anidamientos y jerarquías (Harvey 2014). En este sentido, aunque alcanzados por otras influencias teóricas, algunos investigadores se preguntaron por el vínculo entre participación y renovación de las formas de democracia. Atendiendo al funcionamiento interno de la Tupac Amaru y a mecanismos de toma de decisiones, concluyeron que las personas percibían los servicios ofrecidos –trabajo, vivienda y salud– como recompensa a su participación, antes que como derecho (Rodríguez Blanco 2011).

En virtud de mi trabajo de investigación, sostengo que la pregunta acerca de la horizontalidad o la jerarquía y, más aún, la concepción de una lógica interna de funcionamiento de la Tupac Amaru, lo que implica un cierre y un exterior, deberían ser desplazadas para poner de relieve la relacionalidad de la política. Massey (2012d) sostiene que el espacio es posibilidad de coexistencia de la multiplicidad y la diferencia y esa suerte de co-agencia representa un reto para la negociación, para el establecimiento de los términos de compromiso de trayectorias cruzadas. Es así que, en lugar de recortar a la Tupac Amaru como entidad completa y acabada, ponderando sus formas internas de funcionamiento, me inclino a dejar planteadas inquietudes sobre las negociaciones de entradas y salidas, de conexiones y desconexiones, y de las geometrías del poder en las cuales se inscriben.

En ese sentido, Kari entró porque anhelaba completar su formación en el área de salud, comenzó a trabajar como agente sanitaria, renovó expectativas de reconocimiento, y negociaba los términos de su propia trayectoria con su familia y con otros integrantes de la Tupac Amaru, por ejemplo, al momento de disputar por una vivienda en el barrio que todavía no conseguía o cuando entendía que su tarea representaba una reconciliación con proyectos y gustos aplazados previamente. Mirtha, Conce, Silvia y Pillu apelaban a sus trayectorias de lucha y sacrificio, al tiempo transcurrido y al reconocimiento de lo que dieron, testificado en el desgaste corporal, negociando en términos del acceso a la totalidad de los bienes producidos (trabajo, vivienda, salud, polideportivos) y del cuidado especial que se les confería en función de su edad y su antigüedad.

En cuanto a las salidas, algunas sucedían, otras eran celebradas y algunas disputadas. Una pareja de ancianos que cuidaba los rosales del barrio estaba vinculado a la Tupac Amaru desde hacía quince años; mientras contemplábamos las plantas, la mujer relató en breve su historia de conexiones:

La Milagro nos dio para que cuidáramos a los chicos, a los drogadictos. Ahí estaba con mis hijos, en una casa vieja que es donde ahora está la sede. Los cuidábamos, hacíamos la comida, lavábamos ropa y zapatillas. Pero se terminó porque no me hacían caso ni a mí ni a la Milagro. Entonces me pasó de cocinera y después dijo que por la edad al jardín. Cuando nos da vacaciones venimos siempre a ver nuestras plantas. Mis hijos ahora son choferes, le fueron a agradecer cuando rindieron la prueba y entraron de choferes y todo bien. Ella los ve y los abraza, viven en el barrio. Si un día no quiere que vengamos más vamos a venir a cuidar nuestras plantas.

Salidas como esas eran celebradas y negociadas en términos de compromiso, afectos y agradecimiento. Otras, en cambio, constituían el centro de conflictos resonantes. Durante mi estadía de campo, se murmuraba un acontecimiento sucedido poco tiempo atrás, cuando un grupo de personas montó guardia alrededor de uno de los galpones en reclamo por la falta de pago. Al parecer, durante la vigilia se alcoholizaron y se enfrentaron con otros integrantes del movimiento con armas de fuego. Algunos muy enfadados, recordaban aquel acontecimiento y cuestionaban que, al momento de regularizarse la paga, esas personas volvieron a cobrar el sueldo que les correspondía y no les pagaron argumentando que “ellos no bancaron el movimiento”.

Preguntarse acerca de los términos de compromiso implicados en el entrar y salir seguramente empujará a etnografiar la manera en que se establecen las articulaciones, los mecanismos de poder y los alcances de una política que rebasa el Estado y/o la legitimidad que confiere el Estado. Esas entradas y salidas no dibujan un adentro y un afuera, un interior y un exterior, que toma como referencia a la Tupac Amaru como entidad plenamente constituida. Entrar y salir resultan términos indicativos de procesos de articulación de trayectorias dentro de topografías variables de poder, cuyos movimientos son afectados decisivamente por la coacción que impone la posibilidad de realizar la capacidad de trabajo.

PALABRAS FINALES, CONEXIONES FINALES

A lo largo de este artículo fui extrayendo las principales conclusiones acerca de un entendimiento relacional de la política a partir de las conexiones entre espacio/poder y en función del tratamiento de los materiales de mi propio trabajo de campo. La Organización Barrial Tupac Amaru en la provincia de Jujuy puede entenderse como una articulación transitoria e histórica de un conjunto de relaciones sociales que coexisten en simultaneidad y trasladan

distintas capas temporales. Las conexiones y desconexiones de trayectorias hacen cotidianamente a la Tupac Amaru pero nunca terminan de formarla como entidad acabada, coherente y dotada de una lógica propia.

Las conexiones y desconexiones entre trayectorias rebasan el ordenamiento estatal, es decir, las representaciones de sistemas de relaciones entre niveles de gobierno, o de vinculaciones entre entidades pre-constituidas y legitimadas estatalmente –partidos políticos, sindicatos, organizaciones sociales, cooperativas, etc.–, o la gestión de políticas públicas. Los términos de compromiso entre trayectorias cruzadas, como diría Massey, no emergen de comunidades cerradas o identidades establecidas, por ejemplo de sectores informales o precarios que articulan sus intereses a través de una organización con lógicas internas de funcionamiento (jerárquicas u horizontales), estableciendo vínculos de exterioridad con organizaciones similares y con el Estado. La política relacional, como mostré en el segundo apartado, se expresa mediante términos de compromiso y negociación de entradas y salidas. Entrar y salir de la Tupac Amaru no dibuja un adentro y un afuera, un interior y un exterior; más bien resultan categorías indicativas de procesos de articulación de trayectorias a través de topografías variables de poder, cuyos movimientos son afectados decisivamente por la coacción que impone la posibilidad de realizar la capacidad de trabajo.

Los movimientos y compromisos se hallan inmersos en mapas de poder, geografías de poder o topografías de poder. Así, la Tupac Amaru como lugar moviliza trabajo colectivo para producir bienes comunes. Crea puestos de trabajo en interconexión con políticas públicas o, en otras palabras, se constituye desde un modo colectivo de apropiación de parte del excedente social concentrado y redistribuido a través de políticas públicas. Los bienes comunes rebasan nuestro entendimiento binario mercado/Estado y los mismos son maleables porque representan un nudo de disputa entre procesos de expropiación/apropiación. De esta manera, los lugares significan movimientos, líneas que entraman y desentraman la vida bajo condicionamientos singulares (Manzano y Ramos 2015). Asimismo, en cada negociación de trayectorias, como sostiene Massey, se articulan proyectos acerca de “cómo vivir juntos” que, en el caso analizado, activan nociones de cambio y bienestar.

El entendimiento del espacio como colección de trayectorias también tiene implicancias para la política de conocimiento. Durante un viaje en colectivo hacia la sede central de la Tupac Amaru, se me ocurrió tomar nota de una expresión escrita sobre un muro como parte de la intervención urbana de Acción Poética Jujuy, la misma decía: “La vida es movimiento no me detengo fluyo”. En el apunte de esa inscripción, me preguntaba también por mi movimiento entre Buenos Aires y Jujuy, entre mi vida familiar y laboral, entre mi campo en el Gran Buenos Aires y ese que estaba inaugurando en aquel preciso momento. También me preguntaba por el movimiento de la vida de todos aquellos que estaba a punto de conocer. Momento después la Pillu lo pondría en palabras entrelazando, a partir de su propia historia de vida, Retiro, Florencia Varela y Palpalá; la privatización de Altos Hornos Zapla y la extensión espacial de la Tupac Amaru. De esta manera, una noción de espacio extrovertido genera

importantes consecuencias sobre la perspectiva de conocimiento. En palabras de la propia Massey (2012d): "(...) No se trata de la llegada de un viajero activo a un destino expectante y pasivo, sino de un entrelazamiento de trayectorias en curso de las que algo nuevo puede emerger (...)" (185)

El desafío que queda planteado, entonces, es cómo continuar comprometiendo conocimiento en esta simultaneidad de movimientos.

BIBLIOGRAFÍA

Abélès, M. y Badaró, M. (2015). Los encantos del poder. Desafíos de la antropología política. Buenos Aires. Siglo XXI editores.

Anuario 2014. San Salvador de Jujuy. Organización Tupac Amaru.

Aramayo, C. (2009). Jujuy en el bicentenario. Contexto e historia de luchas. Buenos Aires. Editorial Ágora, Buenos Aires.

Battezzati, S. (2012). La Tupac Amaru: intermediación de intereses de los sectores populares informales en la provincia de Jujuy. *Desarrollo Económico*, Vol. 52, 205, pp. 147-171.

Bergesio, L.; Golovanevsky, L. y Marcoleri, M. E. (2009). Construcción social de la ciudad. San Salvador de Jujuy desde el barrio Alto Comedero, Jujuy. San Salvador de Jujuy. Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy.

Bergesio, L. y Marcoleri, M.E (2008). De siderúrgica a turística. Breve historia ocupacional de la ciudad de Palpalá (Jujuy-Argentina). *Revista de Estudios Regionales y Mercados de Trabajo*, 4, pp. 45-70.

Cuadernillo (s/f). San Salvador de Jujuy. Organización Barrial Tupac Amaru.

Ferrari, F. (2015). La memoria municipal conmemorada. Sindicalismo, identidad y experiencia de lucha en Jujuy. Tesis de Licenciatura, Departamento de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Gaona, M. y Ficoesco, V.S. (2012). La jujeñidad cuestionada: Acciones colectivas que desafían las normas y los márgenes. *Revista Question*, Vol. 1, 35, pp. 100-113.

Gómez, E. y Kindgard, F. (1998). Los cortes de ruta en la provincia de Jujuy. Mayo y Junio de 1997. Documento y Comunicaciones. Buenos Aires. PIMSA.

Grimberg, M.; Hernandez Macedo, M.; y Manzano, V. (2011). Introducción. En M. Grimberg, M. Hernandez Macedo y V. Manzano (Ed), *Antropología de tramas políticas colectivas. Estudios en Argentina y Brasil* (pp. 9-21). Buenos Aires: Antropofagia.

Gupta, A. y Ferguson, J. (2008). Más allá de la 'cultura': Espacio, identidad y las políticas de la diferencia. *Revista Antípoda*, 7, pp. 233-256.

Hardt, M. y Negri, A. (2002). Imperio. Buenos Aires. Editorial Paidós.

Harvey, D. (2014). Ciudades Rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana. Buenos Aires. Akal.

Manzano, V. (2011). El hacerse y (des)hacerse del movimiento. Sobre

espacios etnográficos y espacios en movimiento en el Gran Buenos Aires. En M. Grimberg, M. Hernandez Macedo y V. Manzano (Ed), *Antropología de tramas políticas colectivas. Estudios en Argentina y Brasil* (pp. 307-339). Buenos Aires: Antropofagia.

Manzano, V. (2013). *La política en movimiento. Movilizaciones colectivas y políticas estatales en la vida del Gran Buenos Aires*. Rosario. Prohistoria Ediciones.

Manzano, V. y Ramos, A. (2015). Procesos de movilización y de demandas colectivas: estudios y modos de abordar 'lo político' en la vida social. *Revista Identidades*, 8, pp. 1-25.

Massey, Doreen (2012a). Un sentido global de lugar. En A. Albet y N. Benach (Ed), *Un sentido global de lugar* (pp. 112-129). Barcelona: Icaria.

Massey, Doreen (2012b). Imaginar la globalización: las geometrías del poder del tiempo-espacio. En A. Albet y N. Benach (Ed), *Un sentido global de lugar* (pp. 130-155). Barcelona: Icaria.

Massey, Doreen (2012c). La filosofía y la política de la espacialidad. Algunas consideraciones. En A. Albet y N. Benach (Ed), *Un sentido global de lugar* (pp. 156-181). Barcelona: Icaria.

Massey, Doreen (2012d). Algunos tiempos de espacio. En A. Albet y N. Benach (Ed), *Un sentido global de lugar* (pp. 182-196). Barcelona: Icaria.

Morales, M. (2012). *Desalambrar, ocupar y resistir. La lucha y pueblada de Libertador General San Martín contra el Ingenio Ledesma por tierra para vivir*. Cuadernos 15, Buenos Aires, Editorial Ágora.

Moscovich, L. (2009). *Fronteras entre la participación y la política. Estudio de las relaciones entre los gobiernos subnacionales y las organizaciones sociales con financiamiento federal en la Argentina*. XXI Congreso Internacional de Ciencia Política, Santiago de Chile, 12-16 de julio de 2009.

Ríos, N. F. (2013). *La irrupción india en la movilización social jujeña: el caso de la Organización Barrial Tupac Amaru*. Actas de las VII Jornadas de Jóvenes Investigadores, Instituto Gino Germani, Universidad de Buenos Aires. 6, 7 y 8 de noviembre.

Rodríguez Blanco, M. (2011). *Participación ciudadana no institucionalizada, protesta y democracia en Argentina*. Íconos. *Revista de Ciencias Sociales*, 40, pp. 89-103.

Sala, G. y Golovanevsky, L. (2003-2004). *El programa Trabajar en Jujuy: Una mirada posible*. *Población y Sociedad*, 10/11, pp. 5-39.

Tabbush, C. y Caminotti, M. (2015). *Igualdad de Género y movimientos sociales en la Argentina posneoliberal: La Organización Barrial Tupac Amaru*. *Perfiles Latinoamericanos*, Vol. 23, 46, pp. 147-171.

